



SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO



LOS AMORES EN EL CAMPO

SUMARIO

TEXTO.—*La Semana*, por E. Blasco.—*Dos niños* (continuacion), por E. de Palacio.—*El arte contemporáneo*, por A. Opisso.—*Rima*, por F. Pi y Arsuaga.—Nuestros grabados.—*Sobre las teorías modernas de la luz* (conclusion), por J. Echegaray.—*Los estornudos del diablo* (continuacion), por J. Tomás y Salvany.

GRABADOS.—*Los amores en el campo*.—*Doble festín*.—*Antes del baile*.—*¡Terrible zafarrancho se armó entonces!*—*¡Escuchemos!*—*Thamar y Absalon*, grabado suelto de regalo.

LA SEMANA

En momentos como los presentes no se debe hablar más que de una cosa, no debe ser tratado más que un asunto, el cual preocupa á todos, está en todos los cerebros y en todos los corazones y en todos los labios; nadie hay que no le conozca, con más ó ménos detalles; nadie que, al tener noticia de él, no se haya conmovido en mayor ó menor escala; y sin embargo de esto, no es posible hablar ni escribir de otra cuestion cualquiera, so pena de incurrir en la nota de inoportuno y de recibir el castigo en el desprecio ó en la indiferencia de los lectores. ¿Necesitaré decir á Vdes. que el asunto de que se trata es el brutal insulto inferido por el populacho de Paris á S. M. el Rey, al Jefe del Estado español?

La gravedad del atentado, la circunstancia más grave todavía, de no haber sido ni previsto ni reprimido por las autoridades francesas, la actitud en que, al principio, se colocó el señor Grévy, la *repentina* indisposicion del ministro de la Guerra, del general Thibaudin, todo esto que decia con la elocuencia de los hechos que no se trataba de un rapto de locura de cuatro ó cuatrocientos ó cuatro mil insensatos, género que en la capital del mundo civilizado abunda extraordinariamente, sino que afectaba todos los caracteres de un acto ya que no oficial, oficioso; todo esto, digo, ha excitado extraordinariamente, de un modo que en Francia, de cierto, no se esperaba, el sentimiento patriótico del pueblo español, el más grande, el más santo de todos los sentimientos.

La ovacion hecha á la Reina á su llegada á Madrid; la recepcion entusiástica, indescriptible, que al Rey han hecho en la corte todos los partidos, todas las corporaciones, todas las fuerzas vivas del país, la nacion entera, que en la heroica villa tiene muchos de sus más valiosos representantes, han demostrado con claridad que cuando de la honra de España se trata, las disensiones interiores no impiden á mis conciudadanos aunar sus esfuerzos para sostener alta, muy alta, la bandera que un tiempo recibía constantemente los rayos del sol, porque éste no se ponía jamas en los dominios sobre los cuales tremolaba aquélla.

* *

No hay mal que por bien no venga. Los escándalos de Paris han servido para demostrar que el leon español no ha envejecido, que duerme largos sueños, merced á las dosis de opio que le propinan nuestros malos gobernantes, pero que, contra la costumbre del perro de la fábula, sordo al ruido del martillo y no al de los platos, si no interrumpe su sopor profundo cuando se trata de intereses materiales y se deja atormentar por las manos de los propios, despierta, en cambio, cuando una mano extraña se atreve á amenazarle. Esto será poco práctico, pero es noble, es digno, es generoso.

* *

La actitud caballeresca, valerosa y á la vez circunspecta de don Alfonso XII ante el populacho parisiense, primero; el unánime grito de indignacion y de cólera lanzado por España, despues, han sido causa, indudablemente, de que el gobierno frances, comenzando por dar satisfacciones á nuestro monarca, yendo el señor Grévy personalmente á la embajada española, con tal objeto, haya concluido por darlas á la nacion española, haciendo salir del ministerio de la Guerra al tristemente célebre general Thibaudin y dimitir al prefecto de policía de Paris.

Esta es la mejor prueba de lo mucho que vale, en ciertos momentos, que el representante de un país sea digno

de sus representados, y que éstos escuchen ante todo la voz del deber.

Ignoro si las complicaciones á que se presta el hecho pueden darse por terminadas; lo único que puedo decir es que no creo suficientes los relámpagos que han surcado la atmósfera para descargar ésta de la electricidad de que se halla saturada.

* *

Me parece que tenía razon al decir en las primeras líneas de esta revista que sólo de un hecho podía ocuparme en ella. Al lado de lo anterior, ¿no haría un efecto por demas ridiculo que me ocupase, *verbi gratia*, de las últimas carreras de caballos en Barcelona celebradas, aunque fuera para decir, como es cierto, que constituyeron una fiesta brillante, que estuvieron animadísimas y que esta clase de diversiones promete arraigarse en la culta ciudad de los condes?

Pues por eso no digo nada y pongo aquí punto final.

EDUARDO BLASCO.



DOS NIÑOS

Los dos niños crecían y se desarrollaban, uno entre los halagos de la buena suerte y otro merced á los cuidados de su pobre madre.

En cierta edad los sentimientos son tan espontáneos, las aspiraciones tan nobles y la fraternidad tan verdadera, que parece que todos los niños son hermanos.

Aun no han aprendido á desconfiar; aún no se estorban mutuamente.

Dos niños que cuentan la misma edad, próximamente, y se encuentran en la calle, en el paseo, en el espectáculo, en el colegio ó en el taller, se miran mutuamente, sonríen y se aproximan uno á otro, sin darse cuenta de aquella recíproca atraccion.

Cuando vuelven á encontrarse, *se juntan*, como ellos dicen, y *se hacen amigos*.

Viviendo en la misma casa, aunque en diferentes pisos, Edmundo y Manolito habian de llegar á encontrarse alguna vez.

Poco á poco fueron estrechando su amistad.

Edmundo hablaba á sus padres respecto á un amigo que vivía en la casa; encomiaba su hermosura, su alegría y solicitaba permiso para invitarle á jugar á domicilio.

Llegó el día del cumpleaños de Edmundo y su madre le dijo:

—Mira, hoy que cumples seis años, puedes invitar á Manolito á comer contigo.

No hay que decir cuánto regocijaría esta generosidad á Edmundo.

Subió, acompañado de la doncella de su madre, al sota-banco donde vivía Manolito, para invitarle oficialmente.

Obtenido el permiso de la pobre mujer, Edmundo bajó muy triste.

—¿Qué tienes? ¿No estás contento, hijo mio?—le preguntó su madre.

—Sí, mamá, pero...

—¿Qué?

—¡Pobre Manolito! Su madre no le quiere,—murmuró con pena.

—¿Que no le quiere?—preguntó la señora con extrañeza.

—No, ¡le tiene en una casa tan mala!... Si vieras... no le dá ni silla en que sentarse; como que no se vé ni una allí... ni le compra juguetes, ni le lleva al teatro, como tú me llevas á mí...

—¡Edmundo,—murmuró la madre,—no hables así! ¡Pobre madre! ¿Quién sabe cuánto sufrirá?

La impaciencia devoraba á Edmundo: la tardanza de Manolito era para el niño mimado, injustificable.

—Su madre no le dejará bajar aún,—dijo Edmundo,—bien digo yo que no le quiere.

Entretanto la pobre mujer lavaba y arreglaba á Manolito, para que pareciese más hermoso, no por el temor de que la inculpasen de abandonada.

No lo era.

¿Qué más puede hacer una pobre madre, sola, sin amparo, que trabajar para mantener á su hijo, y cuidarle al mismo tiempo, mimarle?...
Edmundo no iba aún al colegio. Manolito, sí, pero á un colegio donde le proporcionaban educacion gratuita, y donde, en alguna ocasion, le reñía y le pegaba tal vez el maestro.

Todos estos eran datos para que Edmundo formase mala opinion de la madre de su amigo, y se ratificase en sus juicios.

—¡Come, come más!—le decia cuando llegó el momento de sentarse á la mesa.

—¡Ya cómo!—murmuraba con rubor Manolito.

—Come, que en tu casa no hay esto,—repetía Edmundo.

Si él hubiera comprendido la importancia de sus palabras, seguramente no las habria pronunciado.

Manolito revelaba cierta discrecion, á vueltas de la natural timidez, que seducía.

Los dos niños llegaron á ser muy amigos.

(Se continuará).

EDUARDO DE PALACIO.



EL ARTE CONTEMPORÁNEO

I. Estamos en presencia de un hecho innegable: el arte adquiere una extension no conocida ántes de ahora en época alguna. Reducido en pasados tiempos á limites harto estrechos, se ha desenvuelto en nuestros días hasta la multiplicacion infinita, no desdeñando objeto alguno como ajeno á su resorte, ni despreciando ocasion ni circunstancia de la vida en que infiltrarse.

La sociedad moderna es nueva y allegadiza y las artes se modelan en sus gustos como el bronce en un molde. La vida que hoy domina se distingue por su febril comercialismo y por la necesidad de goces excitantes. La fortuna amasada con cupida avidez sirve para compensar con agudos placeres los atroces ratos de ansioso anhelo invertidos en acumular un capital. Tras las agitadas horas del trabajo, roidas por la insaciable ambicion, vienen las de la noche, artificiales y aturdidas, en las cuales el cuerpo, en vez de reposar, se afana en sentido inverso y bebe con ansia la copa del placer para disipar la amargura de la hiel del día.

Para aquellas horas se pide el concurso de todas las artes: teatros, salones, cafés, casinos, ostentan un lujo que pesa, ofusca y deslumbra. Todo el arte toma este carácter ardiente y extremado. Los ojos cansados, los nervios sin actividad, el cuerpo semi-derregado, necesitan imágenes, escenas, versos ó armonías vigorosamente acentuadas é incitantes para disipar el enervamiento con que se llega á cualquier sitio en busca de distracciones.

Perteneciendo los artistas á esta misma sociedad codiciosa de riquezas y placeres, harán lo que hacen todos y sacrificarán á los mismos dioses que sus contemporáneos. Siempre el gusto del público será su propio gusto, así ha pasado y pasará en todas ocasiones. Sus ojos verán semblantes que reflejarán el mismo estado de ánimo en que él se encuentra y por más que pugne por sustraerse á la influencia dominante, expresará con sus medios materiales el estado psicológico y estético que le rodea y al cual está adherido como una hoja al árbol ó una pieza en un mosaico.

El artista no ha sido nunca un sér aparte, pero así como ántes era contado su número, hoy se llama legion. ¿Cómo llegar á distinguirse entre la innumerable multitud que pinta, dibuja, cincela, compone, edifica, canta, habla y escribe? El aguijon de la notoriedad, el reclamo indispensable, le espolean incesantemente y entonces viene el exagerar, el extremar, el entregarse á inverosímiles alardes de destreza, de invencion ó de procedimientos técnicos. El arte deja de ser espontáneo para convertirse en estudioso y artificial. ¿Cómo encontrar un efecto nuevo, inesperado, asombroso? Aquí el forzar la impresion ó alambicar el asunto, dando por resultado ese estilo acrobático de Barbeg d' Aurevilly ó de los *lunáticos* madrileños, los dramas de Echegaray y las excentricidades de los impresionistas, naturalistas y cómicos.

Todo se reduce á esto: á llamar la atencion entre la multitud inmensa, refinando los medios y descoyuntándose. El procedimiento general del industrialismo se aplica al arte.

El pintor, el arquitecto ó el poeta no se dirigen como ántes á un magnate inteligente, á una córte letrada ó á una comunidad religiosa insigne. Su dueño es el público, y á él tiene que agradar, siguiendo sus gustos. Veamos ahora qué apetece el público segun sus grados de cultura.

En lo más alto ó lo más bajo, segun se quiera, hay el vulgo profano de Horacio, el público por excelencia, la masa de seres en busca de emociones; ese gran núcleo quiere ante todo diversiones incitantes, dramas de sensacion, melodías fáciles, comedias de magia, Vénus y Andrómeda, caricaturas brutales, carnes y paños pintados de manera que causen completa ilusion, todo lo que halague los sentidos sin necesidad de esfuerzo.

Entra luégo la clase tenida por ilustrada. Esta busca lo nuevo, lo original, lo inesperado; versos excéntricos, cuadros curiosos, música sabia, literatura trabajosa, arquitectura rebuscada; dadle Zola, Wagner, Carducci, Bartrina, Sarah Bernhardt, todo lo que salga de la medida y meta ruido.

Vienen luégo los proletarios de ayer y Cresos de hoy, los americanos, los banqueros, los *nababs*; con ellos se despacha á su gusto el artista pintándole plafones y techos con figuras desnudas convencionales; ofréceles Magdalemas, Ledas y Galateas; acuarelas brillantes, escenas flamencas y casacones; versos de álbum, estilo de Grilo, Eusebio Blasco, amerengados y anti-espasmódicos; muebles suntuosos y deslumbradores, teatrales y desentonados una vez metidos en los raquiticos salones donde han de figurar; estatuas simbólicas en honor á la industria y á la maquinaria, á la navegacion y al crédito bursátil; romanzas sentimentales y fachadas arabiferas.

Por encima de estas influencias pesan aún otras más sobre los artistas contemporáneos: hablamos de la incontestable obediencia y respeto que profesan á la exactitud histórica y científica; hoy no se escribe ya una ópera oriental como escribió Rossini la *Semirámide*; Meyerbeer y Verdi han demostrado en la *Africana* y *Aida* ser muy pasables arqueólogos y geógrafos. Fijese cualquiera en un cuadro de Gérôme, Fortuny, Alma-Tadema, etc., y verá el cuidado de los accesorios confundidos á veces con el asunto principal, evitando la más insignificante falta de indumentaria y buscando afanosamente el tono étnico de la composicion romana, árabe ó griega.

Léanse las novelas de Gustavo Flaubert ú hojéese la *Biblia* de Bida; véase una acuarela de Sala ó una estatua de Samsó, y cualquiera se convencerá de que el esmero en los detalles y la preocupacion por la exactitud histórica están llevados hasta la nimiedad. Para obtener el color local muchos artistas se trasladan á Egipto, á Granada, Marruecos ó cualquier parte á propósito, marina ó montaña. Muchos llevan tan allá el cuidado del accesorio exacto que más que á la inmortalidad parecen aspirar á una plaza de académico de la Historia.

(Se continuará).

ALFREDO OPISSO.



RIMA

Volando de rama en rama,
volando de flor en flor,
como mi esperanza vuela
de un amor en otro amor,
Pasa el pájaro la vida,
hasta que acaba su suerte
como mi esperanza acaba:
En los brazos de la muerte.

F. PÍ Y ARSUAGA.





Wm. Woodcut

Paszta

DOBLE FESTIN



ANTES DEL BAILE

NUESTROS GRABADOS

LOS AMORES EN EL CAMPO.

Tienen estos amores, á no haber duda alguna, cierta mayor ingenuidad, ya que no inocencia, que los de las ciudades, en prueba de lo cual todo el mundo se casa allí muy joven, cosa que no sucede en los grandes centros de poblacion. Se dirá tal vez que son mucho más bonitas una modistilla, una cursi, una condesita, una *hemiptera*, (especie catalana), una prima-donna y otras habitantes de las *urbes*, que no una labradora, ó una encajera, ó una pastora, género que abunda de preferencia en las aldeas, pero con todo las hay tambien dignas de suma alabanza, como lo patentizan algunas jóvenes rurales que bajan á colocarse de criadas y... dejan de serlo al cabo de tres meses.

DOBLE FESTIN.

O como si dijéramos, uno puramente material, compuesto de pavo trufado y demas excesos de costumbre, y otro eminentemente espiritual, reducido á miradas, suspiros y ternezas por todo lo alto. Hé aqui por qué movida á compasion la linda chiquitina les trae de comer á aquellos dos émulos de Tanner, no comprendiendo en su corta inteligencia cómo puede dejar de sentarse uno á la mesa cuando está puesta. Y sin embargo, así sucedía á veces en pasados siglos, pues en cuanto al nuestro no es fácil que esto ocurra, ya que hemos convenido en que todo debe hacerse comiendo, sobre todo el amor y la política.

ANTES DEL BAILE.

Extraños sentimientos deben agitar el corazón de una bella ántes de hacer su entrada en un salon, así como algo parecido al *pur sang* ántes de emprender su rápida carrera. Trátase, en efecto, tanto para la una como para el otro, de conquistar en pública competencia el premio del vencedor, mas para alcanzar tamaña gloria, ¡cuántos esfuerzos no son menester, cuántas precauciones y cuidados! Esos seres tan lindos y delicados necesitan un incesante *elevage*, una asistencia asidua, mil atenciones penosas y difíciles de llevar á efecto, una alimentacion especial, una gimnástica especial, un régimen especial, habitaciones, costumbres, ejercicios y criados especiales tambien. Solo á fuerza de tantos desvelos puede conseguirse un famoso caballo, como sólo á fuerza de esmerados pormenores puede fabricarse una *mondaine* que *handicape* con ventaja en el *wurf* social.

¡TERRIBLE ZAFARRANCHO SE ARMÓ ENTÓNCE!

En lujosísimo salon de señorial morada y sentado en artístico sillón, descansa el herido general, uno de los héroes de la guerra de treinta años. Solícitos sus amigos han acudido á visitarle para enterarse de cómo sigue del arcabuzazo, y para oír, á la vez, de sus propios labios, la relacion de la reñida bréga. El digno lansquenete olvida su mal en aquel instante para recordar tan sólo la gloria que conquistó en el campo del honor. Escuchanle pendientes de sus palabras sus viejos camaradas, y les pinta tan á lo vivo la batalla, que á todos les parece cual si la estuvieran viendo.

Digase lo que se quiera, una buena herida es una suerte... si proporciona un ascenso.

¡ESCUCHEMOS!

Pasaba junto al jardín un poeta que recitaba en alta voz sus versos con entonacion admirable, y repararon en él dos preciosas niñas que no quisieron perder ocasion,—pues no cabe decir *ripio*,—de oír tan armoniosas estrofas. A este efecto escondiéronse detras de uno de los pilares de la verja y pudieron desde allí enterarse á su sabor de los sublimes conceptos, imágenes y descripciones de aquella composicion hasta entónce inédita, (por falta de editor).

Lo bueno será cuando el hijo de Apolo descubra á las dos encantadoras espías, pero de seguro recibirá entónce una calurosa ovacion que le dejará completamente satisfecho. ¡Y quién sabe si alguna de las dos oyentes no llegará á ser acaso la Beatriz de aquel Dante, la Laura de aquel Petrarca, la Leonora de aquel Tasso ó la Elvira de aquel futuro Lamartine! Todo, puede ser, pues se ven unas cosas en poesia... Hasta pueden hacerle á uno ministro de Ultramar, como les ha pasado al ilustre Ayala, al ilustre Balaguer y al ilustre Núñez de Arce, aunque tambien puede ir á morir al hospital, como les ha pasado al ilustre Gilbert, al ilustre Agesipo Moreau y al ilustre Pe-layo del Castillo.

THAMAR Y ABSALON.

Asunto es este que requiere ser tratado con mucho pulso, por lo cual pasaremos sobre él como sobre ascuas, remitiendo á quien desee más detalles al *Libro de los Reyes*, libro II, cap. XIII.

Es, pues, el caso que Amnon, hijo de David, se enamoró de una hermana de Absalon, hijo de David, que se llamaba Thamar, la cual era muy hermosa. (Eran, sin embargo, hijos de diferente madre.) Prendóse Amnon en extremo por Thamar, tanto que por su amor llegó á enfermarse; á tal extremo habia llegado su loca pasion, que ella ignoraba.

En fin, que Amnon cometió un horrendo delito y Thamar se quedó en casa de su hermano Absalon, el cual juró vengar el ultraje hecho á su hermana.

Pasaron dos años. Absalon convidó á todos los hijos de David con ocasion del esquilero de las ovejas, para cuya ocasion habia hecho prevenir un banquete regio.

Y habia dado Absalon orden á sus criados diciendo: «Estad alerta cuando

Amnon estuviere tomado del vino, y yo os dijese:—¡Heridle y matadle! No temáis, que yo soy el que os lo mando; esforzáos y sed hombres de valor.»

Los criados de Absalon ejecutaron contra Amnon lo que Absalon habia mandado.

Huyó Absalon á Gessur. Thamar estaba vengada.



SOBRE LAS TEORÍAS MODERNAS DE LA LUZ

VIBRACIONES DEL ÉTER

(CONCLUSION)

El éter sólo trasmite un efecto; pero ese efecto necesita una causa, y esta causa es el cuerpo que *luce*: él es al éter lo que la cuerda sonora al aire, lo que la mano á la cuerda sonora.

El cuerpo luminoso es el *centro de vibracion*, y el éter el medio, el vehiculo por donde la vibracion marcha, el sér alado que lleva la armonía por los espacios infinitos de la creacion.

¡Qué es y en qué consiste el acto de *ver*?

¡Qué significa esto de que «mis ojos ven la luz del sol?»

Ya podemos formarnos una idea *clara* del fenómeno: y nada más *adecuado*, como diría Spinoza, á la luz, que la claridad.

Fijemos nuestra atencion en esta admirable *serie*:

1.º Allá en el centro de nuestro sistema planetario el gran astro: *el sol*.
2.º Entre el sol y nuestro globo, una *fila de moléculas etéreas* de 152 millones de kilómetros de longitud: especie de *cuerda vibrante* de inmensa extension, ó de *alambre luminoso*, que del mismo modo que el hilo eléctrico trasmite la vibracion de la pila, va á trasmir la luz al *nervio óptico*.

3.º Y detras del éter, y despues del nervio óptico, último eslabon de esta maravillosa cadena, último término de la serie, el *sér humano*, el *yo*.

El *sol vibra*: la fila de moléculas se estremece; la vibracion corre por el alambre luminoso,—perdónesenos este modo de expresarnos,—como la electricidad por el hilo del telégrafo, con una velocidad de 300.000 kilómetros por segundo, y llega al nervio óptico, y el nervio óptico *vibra como vibró el sol*. A esta vibracion le doy el nombre de luz; y esto digo que es *ver*.

¡Qué es por lo tanto *ver el sol*?

Este hecho sencillísimo: vibrar el nervio óptico como vibró el sol, con el mismo compás, ó mejor dicho, con sujecion á las leyes geométricas y mecánicas que son consecuencias precisas de la vibracion inicial.

Ver es una concordancia de vibraciones entre el cuerpo luminoso y el nervio óptico, como oír es otra concordancia de vibraciones entre el cuerpo sonoro y el nervio acústico.

Leyes geométricas y mecánicas explican con admirable sencillez un fenómeno á primera vista incomprensible.

XI. Hemos dicho que la geometría, la mecánica y una sola hipótesis, que más que hipótesis era ya una realidad, explicaban el fenómeno de la *vision*; pero entendámonos: queda explicada la parte material, *nada más*.

Vibra el nervio óptico como el sol; pero ¡y despues?

Corre la vibracion hasta el cerebro; pero ¡y despues?

¡Cuándo y cómo de la *vibracion* se pasa al *pensamiento*?

Esto no lo dice, no puede decirlo la fisica; no tiene tampoco la pretension de resolver este problema de la filosofia.

Algunos materialistas lo pretenden, pero sus esfuerzos son vanos, como son ridiculas sus explicaciones. La dignidad de la ciencia exige que sólo se afirme lo que se conozca y se sepa; que no se pretenda sustituir á la realidad de las cosas, combinaciones de palabras.

Aquí termina, pues, la fisica, y comienza la metafisica, con sus grandes concepciones, con sus profundos análisis, con sus magníficas y casi periódicas síntesis.

Hemos tratado hasta ahora de uno de los extremos de la serie: aquel en que el fenómeno material y el sér que piensan se ponen en contacto; en que del hecho brota la sensacion, y de la sensacion el juicio y el pensamiento; pero aun nos queda algo que decir del otro extremo de la serie.

¡Qué fué lo que determinó la vibracion del cuerpo luminoso?

¡Cuál fué el primer eslabon de esta cadena de causas y efectos?

La luz es un movimiento del éter, y el movimiento del éter es transformacion de otro movimiento vibratorio: el del sol. Pero claro es que el movimiento del sol es efecto de otra causa, de otro movimiento, de otra vibracion; en una palabra, y dicho con más exactitud, de otra *fuerza viva transformada*.

¡Cuál será ésta?

¡El calor?

¡Un choque ó una serie de choques?

¡Acciones eléctricas ó magnéticas?

¡Acciones químicas?

La ciencia no ha dado todavía solucion satisfactoria á estas preguntas, y sólo tiene derecho para afirmar,—fundándose en el principio de la invariabilidad de las *fuerzas vivas totales* del universo,—que la *vibracion de todo cuerpo luminoso es transformacion de otro movimiento, ó de otra fuerza viva, total ó molecular*.

Pero supongamos que la ciencia resuelve este problema, y que agregamos un término más á la serie: la misma dificultad subsiste, la misma pregunta brota á los labios; y esa nueva fuerza viva, ¿de dónde viene?

Y así, prolongando cada vez más la serie, nuestra razon se pierde en el infinito, como se estrelló contra el gran problema del pensamiento.

¡Siempre agitándose entre los dos eternos problemas de la filosofia!

El hombre y lo infinito.

JOSÉ ECHEGARAY.

LOS ESTORNUDOS DEL DIABLO

CUENTO FANTÁSTICO

Colmado de riquezas y distinciones, lisonjeado donde quiera que iba, halagado por la atmósfera de envidia ó de respeto que le seguía á todas partes, Jacinto llegó á olvidarse del satánico contrato, de la fantástica mujer con quien lo conviniera y de la diabólica situación en que vivía.

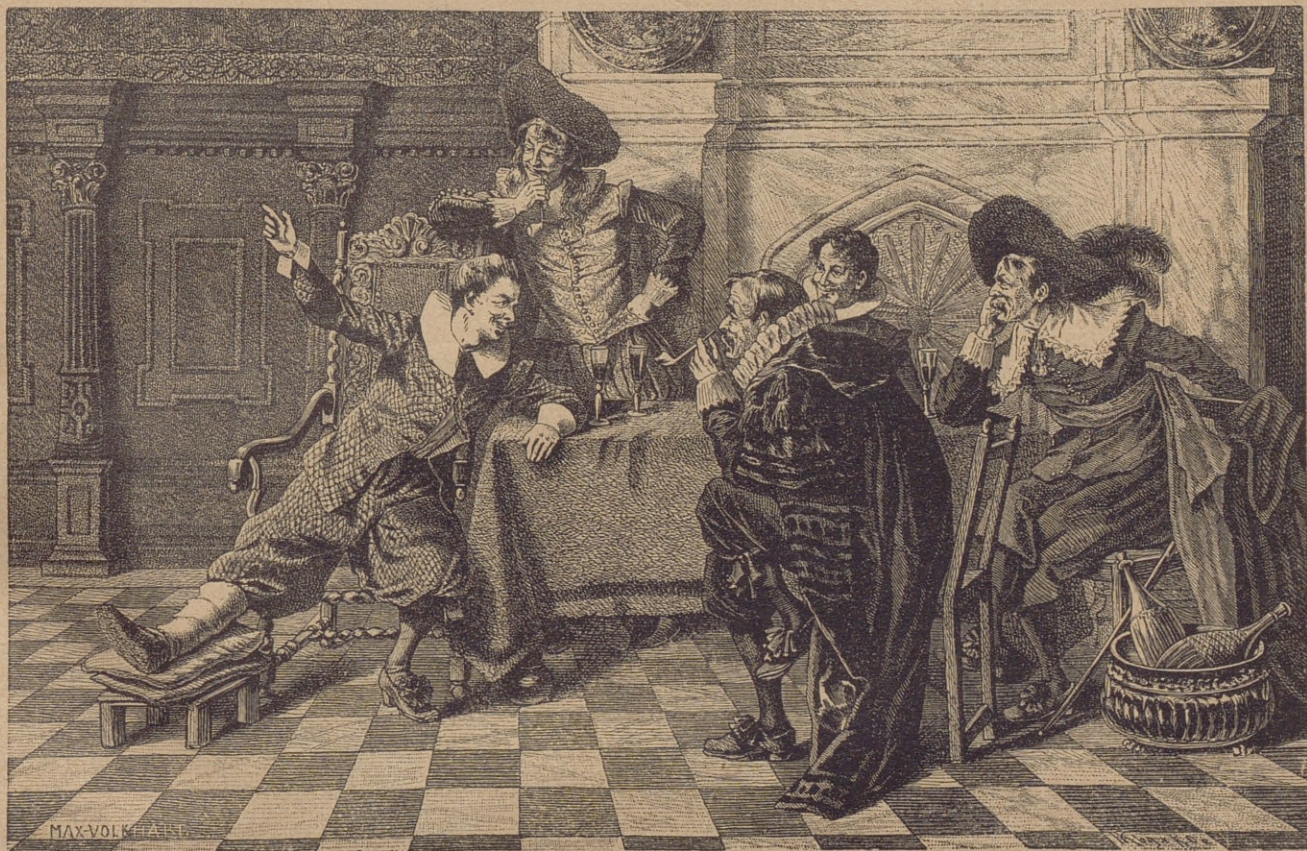
—¡Quién sabe!—llegó á decirse.—¡Todavía falta un estornudo, con el cual puedo ir tirando cuanto me resta de vida y acabar por librarme de las garras del diablo! Y mientras yo no ofenda la nariguda susceptibilidad de mi

adversario, ¿quién me quita el vivir como vivo? ¿Quién más dichoso que yo?... Nadie. ¿Que puedo ser vencido? Bien, ¿y qué? Según mis noticias, el diablo no es tan repulsivo ni tan fiero como pintarlo suelen, y ya quisieran más de dos que cargara con ellos un diablo como el mío.

Jacinto, pues, con mayor asiduidad que antes, se dió á frecuentar los salones y afirmóse en su propósito de casarse para fundar estirpe. Hizo más.

—El palacio,—dijo,—no lo habitaré en mi soltería: abrirá sus puertas con la fiesta nupcial que daré en él durante la noche de mis bodas.

Y dedicóse á buscar novia, como quien busca la cuadratura del círculo. Cuidó con esmero de su persona, pobló de aguas y cosméticos su tocador, mandó reformar el cinturón-corsé que, disimulando su obesidad, daba cierta gentileza al talle; buscó el mejor zapatero de Madrid, riñó con



¡TERRIBLE ZAFARRANCHO SE ARMÓ ENTÓNCE!

su sombrerero, porque le hacía los sombreros un tanto achaparrados; probó todos los sastres de la corte, hasta ver cuál le convenía; cuidados perfectamente inútiles, porque con los millones de Jacinto, y con muchísimos ménos, no hay hombre ingrato á los ojos de las mujeres.

La baronesa de H*** cuyos concurridos salones, según dijimos al principio, frecuentaba Santiamen, anunció una fastuosa recepción con motivo de sus días. Jacinto no podía faltar á ella, y no faltó.

Los salones estaban henchidos de concurrentes envueltos en una atmósfera tibia y voluptuosa; el raso y los encajes undulaban y crujían, semejantes á las olas de un revuelto mar; las perlas y los diamantes brillaban como gotas de rocío en el césped de los prados; cada mirada de los hombres era un relámpago de amor; aquí y allá, grupos de mujeres hermosas, brillantemente prendidas, semejaban otras tantas constelaciones en estrellada noche de verano, y los abanicos de plumas, agitados por nerviosas ó indolentes manos, traían á la memoria una banda de palomas.

Jacinto, al bailar un rigodon, tarea en que muy pocos le igualaban, tuvo de *vis-à-vis* á una mujer cuya presencia absorbió todas sus facultades. Era un tanto más delgada y vestía de diverso modo, mas igualmente hermosa, sin ser ella, tenía una notoria semejanza con la fantástica apari-

ción que dos años ántes le besara, con objeto de hacerle firmar aquel diabólico contrato; indudablemente, no era la misma mujer, pero podía muy bien pasar por una hermana suya. Santiamen comenzó á seguirla con la vista, y se distrajo tanto en ello, que su pareja tuvo que tirarle del brazo para salir á hacer los saludos de ordenanza, marcados por la orquesta. Llegado el momento en que Jacinto en su turbación iba á cometer la torpeza de irse por un lado en vez de pasar á otro:

—Por ahí, señor duque,—profririó la hermosa, acompañando de un gracioso mohín estas palabras.

Jacinto se estremeció al contacto de la breve mano, y en cuanto á la voz, no se podía tampoco asegurar que fuese la misma, pero se le acercaba tanto que llegaba á confundirse con ella; era, para precisarlo mejor, la misma voz algo velada.

Terminado el rigodon, Santiamen se acercó á la dueña de la casa.

Entre personas de sangre azul, á fuerza de no pronunciarlos, acaban por olvidarse los nombres de pila, lo cual no debe hacer mucha gracia á los santos del paraíso, que se ven postergados á las pompas mundanales.

—Baronesa...—dijo, pues, Jacinto.

—Señor duque...

—¿Quién es aquella mujer?

—¿Cuál? ¿La que está hablando con el baron?
 —La misma.
 —Europa Rocaberti, huérfana de madre, muy distinguida, aunque no tan rica.
 —¿Noble?
 —No.
 —¿Soltera ó casada?
 —Soltera. ¿Quiere V. que le presente?
 —Gracias. Voy á bailar con ella el vals. Háblele usted

de mí. ¡Es particular!—añadió Jacinto para su capote, acercándose á la hermosa.

El baron acababa de separarse de ella.

—Señorita, ¿usted querrá bailar conmigo el vals?
 —interrogó Jacinto galantemente.

—Con mucho gusto, señor duque.

Europa se levantó, aceptando el brazo de Santiamen. Este bailando el vals era una maravilla y como nunca merecía su apellido postizo. En un santiamen le hubierais visto deslizarse por todo el salon, rozando apénas la alfombra, como juguete de una máquina ó semejante á los remolinos de arena que forma el simoun. En aquella ocasion su habilidad subió de punto, ya porque, excediéndose á sí mismo, deseaba agradar á Europa, ya porque ésta tampoco le iba en zaga. Jacinto, ebrio de voluptuosidad, daba vueltas vertiginosas que no le permitian contemplar las facciones de su pareja; su corazon, empero, simulaba un martillo que bate hierro candente, al sentir él todo un mundo de hechizos entre sus brazos; momentos hubo en que, al azotar su rostro, los rizos de la hermosa se le antojaron látigos infernales.

Despues del vals, fuese agitacion, fuese casualidad, fuese la atmósfera cargada del salon, Jacinto soltó una retahila de estornudos. Este percance dejóle algo corrido, considerando que se ponía feo á los ojos de la hermosa. Esta, sin embargó, léjos de extrañarlo, le dijo con la mayor naturalidad.

—¿Está V. constipado?

—Sí, señora,—respondió maquinalmente Jacinto.

—Tambien yo estornudo algunas veces,—repuso ella.

Y dió á estas palabras cierto retintin que agitó los nervios de nuestro héroe.

En el mismo instante se acercó á la pareja un caballero de edad proveceta y rostro grave. Saludó ceremoniosamente á Jacinto, diciendo:

—Con permiso de V., señor duque...

Jacinto se inclinó.

—¿Te has cansado, hija mía?

—No, papá; con buena pareja no se cansa una, y en cuanto á este caballero, valsa admirablemente.

Nuevo saludo y nueva inclinacion.

—Señor duque,—profririó el anciano,—V. nos dispensará, pero la generala desea conocer á mi hija.

—Tengo á mucha honra el dispensar al señor de...

—Rocaberti,—respondió el padre de Europa.

—Y á su encantadora hija,—concluyó Jacinto.

En seguida volvió á acercarse á la dueña de la casa.

—Baronesa,—dijo,—¿está V. segura de que esa señorita es hija de aquel caballero?

—¿Del señor de Rocaberti? Segurísima. Pero, ¿á qué viene esa excéntrica pregunta?

—Es mi secreto.

La baronesa no insistió.

—¿Desde cuándo lo trata V.?—continuó Jacinto.

—Estoy sufriendo un interrogatorio en toda regla, me parece,—replicó la baronesa,—interrogatorio que muy bien podría terminar en el palacio de Recoletos.

Santiamen se ruborizó.

Ambos prosiguieron hablando en voz baja durante algunos minu-

tos, y al fin se separaron, la baronesa para atender á sus numerosos convidados, el duque para ir á asediar á la hermosa jóven.

Jacinto y Europa bailaron juntos todos los vales del programa, sin contar el ambigú, en el cual Santiamen no cesó de obsequiar á la señorita de Rocaberti.

Una hora despues el brillante sarao se disolvía, y Jacinto, en la escalera, daba el brazo á Europa, seguido del señor de Rocaberti, que se lo daba á la generala.

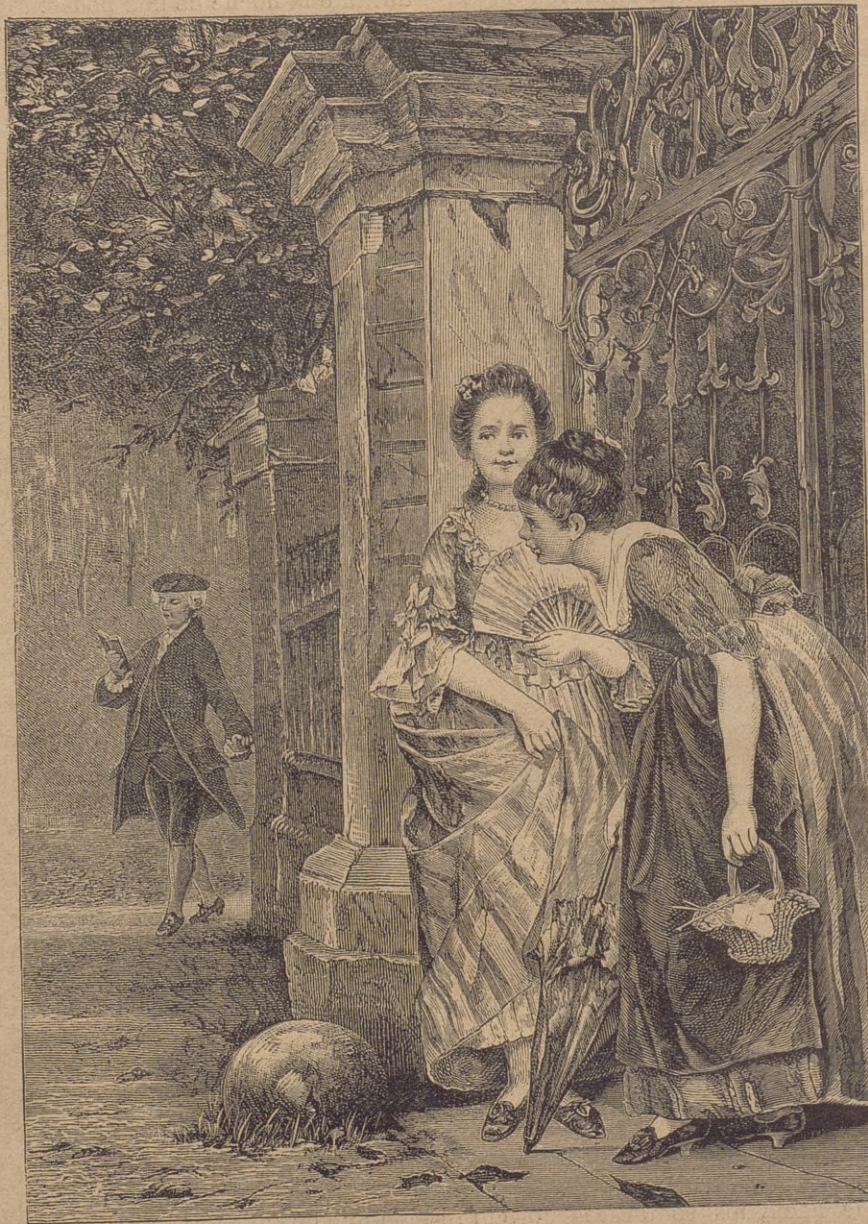
En el momento de abrir la portezuela del coche para que subiera ella, Santiamen dijo á Europa:

—En fin, ¿qué responde V. á mi demanda?

—Ni sí, ni no.

(Se continuará).

JUAN TOMÁS Y SALVANY.



¡ESCUCHEMOS!

o
-
-
-
-
y
-
-
3.
e
-
o.
n-
l-
á
á
el
no
i-
el
ue



THAMAR Y ABSALON

